

Capítulo 1

Una destartalada camioneta roja subía la colina con gran esfuerzo, arrojando bocanadas de humo negro que la brisa dispersaba antes de que opacaran aquel luminoso atardecer. El conductor, un hombre mayor, delgado, de abundante cabellera blanca, acompañaba con su vozarrón una canción de la radio.

En el asiento contiguo, un muchacho de unos once años, de cabello castaño y ojos negros, también la tataba.

La canción terminó al mismo tiempo que llegaron a la cima.

—¡Perfecto! ¡Lo logramos, Frido! —celebró el hombre apagando el motor y secándose la frente con un pañuelo de seda verde con círculos amarillos—. Será mejor que Rayo Rojo descanse un ratito.

¡El pobre viejo ya tiene sus achaques! —golpeó con cariño el tablero de la camioneta.

Frido miró por la ventanilla que separaba la cabina, donde ellos iban, de la batea, la parte de atrás donde viajaban tres cerdos rosados, a los que señaló con la quijada. Eran Virginia Jamón, Rico Tocino y su hija, Adela Mortadela.

—Será bueno aprovechar para bajarlos a pasear. ¿Verdad, abuelo?

El abuelo estuvo de acuerdo. Entonces abrieron la batea, sacaron una tabla que llevaban y la sostuvieron entre el borde y el suelo para que los cerdos pudieran descender.

—¡Hola, muchachos! ¿Cómo están? —saludó Frido, entusiasta.

Los cerdos gruñeron contentos, sin embargo, en el momento de descender comenzaron a guarrear y a chillar. No les gustaba el vaivén de la tabla.

—¡Vamos, vamos, sin quejarse! —los reprendió el abuelo—. ¿O quieren terminar como chorizos?

—¡¡¡Abuelo!!! —exclamó Frido y frunció la nariz como tenía por costumbre cuando estaba molesto o preocupado.

El viejo pretendió que se tapaba la boca con las manos, afligido por su imprudencia.

—No te preocupes, hijo. Yo también me he encariñado con estos cerdos. Es sólo una broma. ¿Qué puedes esperar de un payaso?

Frido sintió deseos de decirle que ésa no era una broma de buen gusto, que era un pésimo chiste, pero él sabía que el abuelo quería a los cerdos: le permitió quedarse con ellos ¡y hasta les había puesto esos nombres tan sarcásticos! Que, había que reconocer, hacían reír al público.

—Además —continuó el viejo acariciando la cabeza de Rico Tocino—, me siento en deuda con ellos. Gracias a su número artístico, bueno, a tu habilidad para entrenarlos, podemos hacer dinero y permitirnos este viaje, que es tan importante para mí.

“¡Claro, el viaje!”, pensó Frido. Aquel viaje misterioso sobre el cual el abuelo, tratando de disimular su tristeza, se negaba a hablar aduciendo que ya llegaría el momento. Llevaban viajando un mes, actuando en las plazas de los pequeños poblados donde era más fácil presentarse.

Frido volvió a fruncir la nariz, dio la espalda al viejo y llamó a los cerdos para que lo siguieran.

El abuelo lo detuvo pensando que aún estaba molesto por aquella burla.

—¡Espera, por favor, Frido! ¡No estés enfadado! Te repito: fue sólo una broma. He sido payaso casi toda mi vida. Tú conoces la historia. Te la he contado tantas veces...

El abuelo empezó a contarle a Frido que llegó al circo a los diez años tras huir de su casa. El dueño descubrió sus aptitudes de comediante y allí decidió quedarse hasta que el circo desapareció. Los últimos años ha tenido que conformarse con trabajar en otro circo.

—Tú sabes que considero que este circo no tiene nada que ver con el otro —continuó el viejo, agitando las manos de derecha a izquierda y, animándose cada vez más—: En esos tiempos los circos eran circos de verdad; los acróbatas eran valientes y se jugaban la vida sin una red debajo de ellos, los domadores eran domadores de leones y tigres que tenían dentadura completa, el hombre y la mujer bala salían disparados de un cañón de verdad, los payasos nos presentábamos elegantes, bien vestidos; pero lo mejor era que todos los artistas circenses nos sentíamos una sola familia.

Frido se apoyó en el filo de la batea escuchando con interés. A menudo, el abuelo comenzaba con sus reminiscencias de aquel pasado glorioso en un circo que tanto había amado, y lo hacía de tal manera que al muchacho —que se las conocía de memoria— le parecía estar viendo a los artistas y escuchando el clamor del público.

—Cuenta cuando el hombre bala se quedó atascado en el cañón y su traje se incendió —pidió Frido riendo con anticipación. De alguna manera, cada vez que el abuelo contaba aquella historia, la cambiaba un poco; a veces era la camisa la que le quedaba hecha girones, otras era el pantalón, y una vez hasta contó que todo el traje se quemó y el hombre se quedó desnudo, tan avergonzado que no se atrevió a salir del cañón y casi se asfixió con el humo.

El abuelo cerró los ojos, se tambaleó un poquito y se agarró de la manija de la puerta.

—¿Te sientes mal, abuelo? —Frido preguntó preocupado.

El abuelo negó agitando la otra mano y bajó el rostro.

—Estoy bien, hijo. Sólo que a veces me emocionaba hablando —dijo tratando de quitar importancia al asunto.

Los cerdos se sentaron en la tierra seca. Virginia Jamón dijo que presentía una tormenta porque el humano grande estaba demasiado sensible. Rico Tocino olfateó antes de intervenir para comentar que no estaba de acuerdo, pues ni siquiera había nubes. Entonces, Adela Mortadela le explicó que su madre no se refería a una tempestad.

El abuelo se acarició la barbilla y se pasó la mano por los blancos cabellos. Sus ojos miraron al valle. Desde allí, los sembradíos de maíz despedían destellos naranjas y rojizos que se fueron apagando. El sol se bamboleó en la cuerda floja del horizonte y la noche llegó con la primera estrella. El viejo la miró fijamente... y para desilusión de Frido, no contó lo del hombre bala, sino que habló con mucha más tristeza que otras veces de los actores, nombrándolos uno a uno: los hermanos Toledo, malabaristas extraordinarios; Titán, el hombre más fuerte del mundo; Anastasia, la mujer de goma; Pipón y Patito, los payasos enanos...

—Sí. Así era. Nos sentíamos una gran familia —repitió con nostalgia y contuvo el aliento. Allí estaba otra vez aquella opresión en el pecho que sentía desde hacía algunos meses— con un sentimiento demasiado filial, fraterno. Quizás ésa fue la razón por la cual jamás le confesé mi amor a Margarita Pointers, el Ángel Azul del Trapecio. Siempre lucía un cintillo con una estrella plateada en sus negros cabellos. La última vez que nos saludamos al subir al tren, su mirada estaba llena de melancolía. Quizás presintió que jamás volveríamos a vernos. Quizás ella también me amó y por eso no se comprometió con nadie. En fin, ninguno de los dos nos casamos ni tuvimos familia.

Frido se estremeció. ¡¡Aquello era nuevo!! ¡¡Sumamente nuevo!!

—Entonces... ¿tú no eres mi abuelo?!

El abuelo se acercó a Frido, lo rodeó con sus brazos y apoyó la quijada en la cabeza del niño. ¿Cómo había sido tan torpe para que se le escapara algo que quería guardar aún en secreto hasta encontrar el momento apropiado?

Los cerdos se movieron inquietos. Virginia Jamón recordó que los humanos no sabían controlar sus

sentimientos. Rico Tocino agregó que era verdad, que gritaban, chillaban, gruñían cuando se sentían amenazados y mostraban los dientes cuando estaban felices. Adela Mortadela acotó que también gimoteaban y goteaban por los ojos al sentir tristeza. Los tres cerdos estuvieron de acuerdo en que, en realidad, los humanos nunca estaban silenciosos, hasta dormidos hacían ruidos. Por supuesto que eran ruidos agradables, muy parecidos a los que hacían los cerdos.

—Bueno... sí y no —respondió el viejo con voz insegura separándose para verlo de frente. Caray, había tenido varios años para prepararse y no lo había hecho. Ahora se encontraba sin saber cómo decirlo. ¡Es que la verdad era tan inverosímil!

Frido, con las manos en los bolsillos de sus vaqueros, se balanceó nervioso, esperando.

—Por favor explícate —exigió en tono tenso.

Después de una pausa, el abuelo dijo:

—Soy tu abuelo porque escogí ser tu abuelo.

—Pero en realidad, no lo eres —Frido lo miró entre adolorido y acusador.

—Mira, hijo, lo más importante es que soy tu abuelo porque te quiero —la voz del abuelo había adquirido una entonación solemne.

Esta vez fue Frido quien lo abrazó y dijo con voz entrecortada que él también lo quería.

Los cerdos gruñeron: ¡Pobre lechoncito humano!
—¿Y mis padres, abuelo?

El viejo respiró profundamente. Se sentía temblar por dentro.

—¡Ay, muchachito, no lo sé! No los conocí.

—¿Entonces...?

—Te encontré en la orilla del río.

—¿Como a Moisés?, ¿el de la Biblia? —Frido hizo una mueca irónica. ¿¡A poco lo iba a engañar con esa historia, era ridículo!?

—Por más extraño que te parezca, es la pura verdad. Si hasta pensé en nombrarte Moisés, pero me decidí por Frido, así se llamaba el hombre fuerte del circo, mi mejor amigo. Tú no llegaste a conocerlo. ¡Si no me crees, no hay manera de que yo pueda probarlo! —el tono del abuelo era desesperado.

Frido, conmovido por la angustia del viejo, aparentó creerle. Sin embargo, dentro de él se prometió que al volver de aquel misterioso viaje —el abuelo se negaba a mencionar hacia dónde iban o por qué— trataría de averiguar por todos los medios quiénes eran sus padres, que había sucedido con

ellos y cómo llegó a ser nieto de su abuelo. ¡Sonaba tan extraño! Mientras tanto, aceptaría de buena manera la nueva situación familiar. A él no le gustaba hacerse problemas. Tenía un abuelo al que quería con todo su corazón y el abuelo le correspondía. No había nada que hacer. Quizás el hecho de que Frido creciera en un circo le había dado una filosofía especial sobre la vida: las cosas estaban siempre al borde, al límite, entre la fantasía y la realidad.

El abuelo volteó el rostro hacia algún lugar en la lejanía hasta que por fin recobró la voz.

—Bien, creo que debemos continuar. Rayo Rojo ya tuvo el tiempo necesario para descansar —sugirió en un tono demasiado entusiasta. “Caray”, pensó el abuelo, “la gente cree que a los payasos nos es fácil reír y hacer reír, pero no saben lo bien que encubrimos el llanto...”.

Volvieron a subir a los cerdos en la batea, y ellos se sentaron en la cabina. Cuando el abuelo prendió el motor y encendió los faros, una extraña figura les hizo señas para que se detuvieran.

Las luces revelaron a un muchacho de barba y cabellos rubios y largos. Vestía con una túnica